

Reseña obligada

Cuando arden las palmas

IVÁN E. GUTIÉRREZ VISBAL

Gente Nueva Editorial, Bogotá, 2013,
208 págs.

ESCRIBIR UNA reseña supone articular un discurso expositivo y argumentativo sobre un libro. Esa operación debe sujetarse a parámetros como la objetividad y el espíritu crítico y propender por razonamientos predicables del libro, no de su autor. Finalmente, debe eludir la revelación de la trama o del argumento y ha de expresar una valoración positiva o negativa sobre la forma y el contenido de una obra literaria.

En esa medida, el ejercicio entraña una paradoja, pues implica tomar distancia para juzgar de manera imparcial un objeto estético, que, por definición, se valora únicamente desde la subjetividad de quien juzga. Esa paradoja se acentúa o atempera, según el caso, pero hay circunstancias en las resulta imposible eludirla o encubrirla. Es el caso de *Cuando arden las palmas*, de Iván E. Gutiérrez Visbal, novela corta de la que poco o nada bueno puede decirse, al punto de ser algo triste escribir sobre ella: ¿para qué reseñar un libro si no hay en él siquiera algo rescatable?

Desde el punto de vista más básico y formal, la obra del autor revela ya sus defectos: se detectan con frecuencia proposiciones sin predicado, un uso desprevenido de la puntuación — especialmente, del punto y coma—, un queísmo recurrente, comillas usadas en forma gratuita y sin sentido aparente —no parecen denotar diálogo o cita—, un revoltijo de conjugaciones verbales, proliferación de discordancias de número y género y de pronombres mal empleados.

Añádanse a esos molestos obstáculos para la lectura el abuso de adjetivos y adverbios y la redacción confusa de ciertos apartados, que casi podrían pasar por flujos de conciencia, sin serlo. No se pretende aquí asumir la posición de un docto de la lengua castellana, pero cualquier lector debe ser exigente con respecto a ciertos límites mínimos en el uso del lenguaje y esta novela los trasgrede todos.

Además, si el lector es paciente y logra hacer abstracción de los ostensibles y profusos problemas formales, apenas enumerados, se encontrará con un contenido francamente decepcionante. La novela promete un recuento de los efectos que tuvo el 9 de abril de 1948 en El Silencio, un pueblo apartado de la geografía colombiana. Esa aspiración no se cumple sino en forma vaga y finalmente se frustra y acaba por transformarse en una narración aburrida, dedicada a la descripción superficial de personajes cuya función en la historia no se llega a entender.

En ocasiones, el libro parece ser simplemente una colección de chismes —reales o ficticios— sin un propósito más allá de llenar páginas de manera innecesaria, sobre personajes mal desarrollados. A veces, la obra parece aproximarse al tema de la violencia bipartidista, pero sólo alcanza a una suerte de contexto o de puesta en escena, una elección a todas luces arbitraria para representar relaciones sociales que, insisto, no logran ser atractivas.

En otras ocasiones, la novela entera parece un pretexto para hacer ostentación de un léxico amplio, atiborrado de adjetivos y de adverbios, que en conjunto no llegan a estructurar una historia interesante o bien contada; si acaso eso buscara algún lector, es más recomendable la lectura del diccionario. (Sobre este particular, vale traer a colación la abundancia de tautologías semánticas que revelan en mayor medida la superfluidad de ciertos adjetivos; por ejemplo, en el chocante término “películas cinematográficas”, que se encuentra en algún punto de las primeras cincuenta páginas.)

También decepciona en la novela el acercamiento al realismo mágico, encomiable en su propósito, pero no en su ejecución. En buena parte de su obra, Gabriel García Márquez da cuenta de acontecimientos representativos de la historia nacional, aportándoles una dimensión mágica. Es lo que busca también Gutiérrez Visbal. Es inevitable pensar en el célebre recuento de la masacre de las bananeras que el Nobel costeño hizo en *Cien años de soledad*, e igualmente inevitable compararlo con la pálida descripción de El Bogotazo y de sus secuelas rurales, en *Cuando arden las palmas*. No hay

punto de comparación. El primero es un pasaje que casi podría sustituir todas las páginas que la historiografía ha gastado para describir el acontecimiento; el segundo, un repaso, ni realista ni mágico.

La técnica de dar a lo fantasioso un tono verosímil, que encontró en García Márquez su máximo exponente y que le valió a Colombia una voz en las letras hispánicas y universales, está condicionada por la sutileza: quien transgrede ese delicado equilibrio y lo presenta de una forma demasiado obvia, lo aniquila. El pretendido realismo mágico de *Cuando arden las palmas* es tan poco sutil que se autodestruye y es por eso algo decepcionante: una representación del 9 de abril de 1948 que siguiera correctamente el canon contribuiría enormemente a la literatura colombiana, pero la concreción de ese buen planteamiento no es, en este caso, digna de elogio. Puede decirse, en suma, que la novela ni siquiera se debate entre el homenaje y el ultraje a *Cien años de soledad*, pues su fracaso es rotundo y su imitación burda.

Finalmente, cabe resaltar el contraste que existe entre la ignorancia de las gentes que habitan El Silencio, tantas veces descrita en la obra, y el léxico sofisticado que el mismo autor pone en sus bocas, por el otro. Con eso, rompe definitivamente la verosimilitud que pudiera tener el relato y difícilmente puede presentarse como realismo mágico. Por más elementos de ficción que una obra literaria contenga, siempre estará sujeta a la observancia de cornisas de verosimilitud y coherencia que la condicionan. Si una de las premisas mágicas de *Cuando arden las palmas* fuera precisamente esa, la inexplicable erudición idiomática de algunos personajes, haría parte de su universo y su sistema, por lo que no implicaría un rompimiento de la veracidad. Nuevamente, decepciona descubrir que no es el caso y que la construcción de la voz de cada personaje es fundamentalmente torpe.

Se impone, una reflexión final: sin querer ahondar mucho en la etiología del fenómeno, que bien puede hallar explicación en las leyes del mercado o en el más simple azar, publicar un libro hoy en día no es tarea ardua. Abundan los ejemplos de editoriales, autores y obras literarias que han logrado llegar

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>a los estantes de las librerías sin haber tenido mayor mérito para ello. Esto no es necesariamente negativo: una sociedad democrática lo es en mayor medida si el conocimiento —en su producción, difusión y consumo— es abierto y no un monopolio de élites, cualquiera que sea su naturaleza.</p> <p>Sin embargo, quizá en ello habite el riesgo subrepticio de malograr tradiciones y expresiones culturales. Finalmente, si el objetivo de un libro es ser leído con independencia del provecho que se espere de su lectura, lo peor es que resulte ilegible. Es lamentable que éste sea el caso: culminar la lectura de <i>Cuando arden las palmas</i> es un tedioso ejercicio y reseñarlo, ciertamente deja un sabor amargo.</p> <p style="text-align: right;">Samuel Baena</p>		